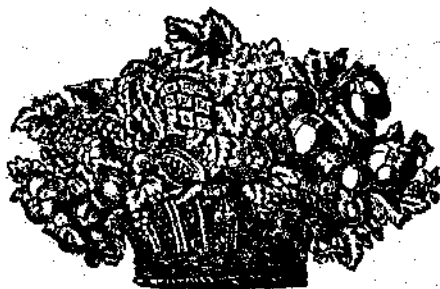


El Panorama.

PERIODICO

DE LITERATURA Y ARTES.

— 1838 —
Tomo primero. Entrega 8.^a



MADRID 47 DE MAYO DE 1838.

Imprenta de don Narciso Sanchiz, calle de Jardinas, núm. 36.

La rival generosa.



a existencia del hombre está ligada á la sociedad con vínculos tan indisolubles que en vano pretende romperlos ni la fuerza de su filosofía, ni el imperio de la resignacion mas conforme de su suerte,

ni los desengaños y vicisitudes que haya experimentado en su vida. Es forzoso el choque de las pasiones de un hombre con las de sus semejantes, ora se amalgamen unas con otras entre sí, ora estén exentas de simpatía, para que continúe y haya existido la cadena de los siglos. El hombre demasiado sensible, suele ser víctima de cualquier infortunio que le aqueja. El opuesto á las sensaciones, de aquel, experimenta otras, quizá en sentido contrario, pero que le apuran, que le desvelan, y aun le martirizan. Todos sienten: todos se afectan, todos padecen; y esta es la causa porque los sinsabores y disgustos de la vida se suceden frecuentemente unos á otros, y tan contados son y momentáneos los placeres.

Vivia en la ciudad de Valladolid un joven llamado Emilio, cuyas recomendables dotes le grangeaban el aprecio de sus amigos y aun de los extraños. Su gallarda presencia sin envanecerse de ella, su pun-donor bien entendido y el talento que debía á la naturaleza, formaban el conjunto moral y físico de este hombre que apenas contaba veinte y dos años, pero que la suerte le habia destinado á ser muy pobre, y obligádole por lo mismo á probar las amarguras de calamidad tan grande entre los hombres. Entonces habitaba tam-

bien en la misma ciudad, Adelaida, mu-ger tan llena de gracia y gentileza, tan tierna, generosa y modesta que le daban el renombre de perfecta. Pero Adelaida tenia esperanzas de ser muy poderosa á la muerte de sus ancianos padres que poseian inmensas riquezas. Conociéronse ambos y por una fuerza irresistible, oculta, por aquel secreto influjo que subyuga los corazones sin traslucirse de pronto el agente poderoso que le dirige, se enamoraron uno de otro y entrañablemente se amaron de allí á poco tiempo. La madre de Emilio consentia el enlace futuro de su hijo con la hermosa Adelaida; pero los padres de esta joya inestimable lo repugnaban abiertamente, y para borrar de su imaginacion la memoria de su ídolo y evitar los riesgos inminentes á que están espuestas dos almas que se quieren con todo el fuego de la amorosa y mas exquisita sensibilidad, escogitaron el medio de trasladarla á Valencia sin noticia de su amante. Pero no fué tan sigiloso el intento, que la perspicacia de Adelaida y el trastorno de ciertas prevenciones de viaje, no le revelasen el misterio. Un dia antes de su partida, que si ignoraba á donde, no dudaba de que seria cierta, pudo hablar un instante á la prenda de su corazon, á su querido Emilio. Contóle lo que presagiaba por el aparato de su casa y le rogó encarecidamente que no se olvidase nunca de que era la muger que habia nacido para él, como en mil momentos de ternura le habia manifestado, y que si la profunda inmensidad de los mares, ó la larga distancia de la tierra la separaba de su lado, el poder humano no era bastante á sofocar las inclinaciones de su corazon. Emilio encendido y palpitante besaba su blanca mano y ardientemente la es-

trechaba contra su seno. "Nada temas, le decía; en nuestro arbitrio está nuestra futura suerte: decidete á seguirme, y rompamos los lazos de la injusta opresion con que tus padres te atormentan. Yo no temo tu partida porque de tí desconfío, pero no puedo vivir con tu ausencia, sígueme." Y asiéndola de la mano la impelia á abandonar la casa en que habia nacido. Adelaida repugnaba á todo trance la solitud de su amante porque Adelaida tenia honor que perder. La reputacion no era á sus ojos una palabra vana, esteril, sino la base en que apoyaba su virtud y su prestigio. Rechusó repetidas veces acceder á las súplicas de su querido, y le re-
 dejó por fin al convencimiento de sí mismo. Transigió este con ella, y despues de haberse asegurado mutuamente cumplir cada uno de por sí el juramento que habia prestado, Emilio le entregó una sortija de oro con una inscripcion en la parte interior de ella que decía: "Adelaida y Emilio hasta la muerte." Corria el tiempo con aquella velocidad asombrosa que lleva cuando el hombre vá á separarse de lo que mas ama, y por temor de aumentar la ira de sus padres, entre suspiros, lágrimas y ardientes besos se dieron aquel adios último y siempre vehemente que anuncia la separacion.

A otro dia desapareció Adelaida de Valladolid y fué conducida en coche propio á la ciudad de Valencia; pero tan celada de sus padres, tan oprimida y con reserva tal, que por espacio de seis años que allí permaneció, ni una vez salió á la calle, ni una memoria tan sola pudo dedicar por escrito al dueño de su vida que tambien ignoraba su paradero. Vivian ambos desgraciados porque no se veian, habiendo nacido para unirse. Emilio tenia un íntimo amigo llamado Adolfo á quien contaba su desgracia y le compadecia, porque tambien Adolfo era sensible y abrigaba en su pecho el fuego del amor, pero no conocia á la encantadora joven que tanto Emilio le ponderaba. Un dia en que Adelaida aca-

baba de lavarse y habia sacado de su dedo la sortija que su amante le entregara como recuerdo de constancia, su padre pudo columbrar el rótulo que por dentro tenia, y presumió que aquella podria ser el arma mas ofensiva para ellos, si lograba arrancarla de su poder. En efecto, como veia á cada instante la tenacidad con que su hija prometia cada vez mas ardorosamente ser fiel á su Emilio, halló la ocasion de sustraerla de su poder en un momento que gozaba de la tranquilidad del sueño: sueño despues mil veces maldecido por ella, sueño que la puso al borde del sepulcro por entonces y que al fin fué el tósigo mortal de su existencia. Ya poseia su padre vengativo el talisman de todos sus secretos, el tesoro mas preciado de su hija, y le restaba solo quebrantar la fé de los esposos prometida, con la ficcion y la perfidia. Hacía pocos dias que habia llegado casualmente Adolfo á Valencia para saldar cuentas del comercio que profesaba; y habiendo llegado á entender el padre de Adelaida que el joven comerciante era íntimo amigo del amante de su hija, discurrió dar un magnífico baile para convidarle por medio de persona de quien nada pudiera recelar. Y en medio del convite, en la mundana algazara del sarao donde alternaban á la par de los brindis, palabras amorosas, lascivas miradas y voluptuosas frases vertidas y escuchadas por jóvenes de ambos sexos que por desgracia no faltan en casi todas las reuniones, polilla de la sociedad y de la desmoralizacion ejemplo, se le aproximó una señora modesta, blanca, hermosa, ricamente aderezada, pero sin que nadie apreciase que la acompañaba, y en voz baja le dijo estas palabras: "Adolfo, me consta que sois el primer amigo de Emilio Salvatierra, y por lo mismo á vos solo trato de confiaros lo que á nadie entregaria. Esta sortija es la misma que me dió en Valladolid siendo mi amante, y por vos se la devuelvo. Tres años hace que le juré no olvidarlo jamás. La corta

edad que contaba yo entonces de diez y seis años disculpan mi atolondramiento. Entregádsela en su mano misma: ya veis que nadie me fuerza á ello. Debo obedecer únicamente á mis padres y seguir la suerte que me tienen preparada con otro.” Adolfo intentó hablarla para pintarle el estado desgraciado de su amigo, pero en vano: la dama volvió rápidamente la espalda, y á poco tiempo, la vió agitar su donoso cuerpo bailando con uno de los mas elegantes convidados. Fatal engaño! aquella no era Adelaida. Adolfo se retiró inmediatamente de la reunion contemplando la volubilidad de las mugeres y con el ánimo de preparar para el siguiente día su regreso á Valladolid.

A los ocho dias de su salido de Valencia llegó Adolfo á los brazos de Emilio, del mejor de sus amigos. Hizóle mencion de lo ocurrido en el pasado baile en donde encontró á la joven Adelaida: y al recibir la sortija que recordaba todos los dias como simbolo de la promesa de ser siempre suya, quedó inmóvil por largo rato, maldijo su suerte y trató de sobreponerse mal de su grado á la ofensa que la perjurá Adelaida hiciera á su sinceridad. Tres años contaba de separacion; y despues de tan crudo desengaño se decidió á olvidarla si podia, y amar á Julia espejo de virtudes y celestial hermosura, á cuya simpatía no habia correspondido por no faltar al empeño de su palabra; pero era pobre como él, y la madre de Emilio no consentia en su himeneo. El ardor de la juventud de ambos no perdonaba ocasion de regalarse sus oidos mutuamente con el acento dulce de la verdad y del amor mas puro: la seguridad de su palabra, ejercia en ambos una influencia suprema. No dudaban entre sí de su fé, y por efecto de tanta confianza llegaron á tener un hijo que procuraron á todo trance ocultar hasta verificar la boda que no habian celebrado por no afligir Emilio á su anciana madre.

Algunos meses habian pasado, cuando

cansados de vivir separados para el mundo, y deseosos de hacer alarde del hijo de su vida despreciando consideraciones y arrojando peligros, fijaron el dia de su casamiento y se preparaban á ser mas felices aun que hasta entonces habian sido. Llegado el dia de la boda, caminaban los esposos al templo rebosando en sus semblantes la alegría, cuando una muger velada el rostro, se interpuso entre ambos y con voz trémula y llorosa le dijo: “Ingrato, vas á perjurar otra vez delante de Dios?” Y alzándose impetuamente el velo que la cubria, brilló pura y radiante la hermosura de Adelaida. La ceremonia quedó interrumpida por el congojoso desmayo que sobrevino á la inocente Julia, de que pudo volver en sí, merced al esmero de los facultativos y pasadas tres horas. La madre de Emilio entretanto habia caido gravemente enferma mas por falta de alimentos que por la gravedad intrínseca de su mal. Llegó á saber que Adelaida, dueña ya de los inmensos bienes de sus padres que habian muerto, se hallaba en Valladolid y podria aliviarla de sus fatigas; pero temia una repulsa por el olvido de su hijo á quien le rogaba por su vida, que se casase con ella y renunciase á la mano de Julia. Los tres se hallaban en la casa de donde los novios salieron para casarse; pero mientras que suministraban á Julia los medicamentos análogos á su curacion, en otro aposento escuchaba Emilio á la desgraciada Adelaida que justificándose de sus acusaciones, le referia los tormentos que habia pasado durante el tiempo que de él estuvo ausente: que sus ojos ni se habian enjugado, ni llegaron á ver el sol fuera de la casa en que estaba encerrada: que rendida un dia por el sueño que casi nunca reconciliaba, fué cuando echó de menos el emblema de sus amores, la sortija de que le hacia cargo. “Tu no debes dudar, le decia, que no te engaño. Si hubieras visto cuanto he sufrido por tí. Y en los momentos mas angustiosos de mi vida: cuando la pena de

no verte oprimia mas lastimosamente mi corazon, y solo el recuerdo de tus dulces promesas restituian la calma á la intranquilidad de mi espíritu, tu quizá vendias con iguales ternezas la vehemencia momentánea de tu amor inconstante á otra muger: tu rompiendo el deber sagrado que te impusiste de serme siempre fiel, arañas en ansia de enamorar á esa infeliz Julia para engañarla tal vez." Apenas podia Emilio contestar á los cargos de Adelaida no por falta de razones y justas disculpas, sino por verse acosado tan terriblemente del peso de la desgracia. Pero enemigo de su dolor, y á impulsos de su intachable comportamiento, culpaba la perfidia de los padres cuyos caprichos arrastran á sus hijos á la infelicidad. Maldecia la suerte que tan adversa le habia sido, y en agitacion continua: "Adelaida me hasido fiel, repetia á cada instante: su vida pende de mí, como su muerte: ella no tiene culpa, yo debiera ser su esposo porque se lo prometí antes: puede ademas socorrer á la madre de mi vida que me demanda el alimento para no perecer. Pero Julia reclama tambien mi mano porque ya se la di, porque es suya. Yo causaria su desesperacion si la abandonase: que motivo tengo para ser su verdugo? No: á las dos quiero mostrarles que Emilio se sobrepone á una temprana muerte cuando colocado en tan penosa alternativa, la felicidad de una puede labrar la tumba de la otra." En seguida sacó rápidamente una pistola, y al entrar en la habitacion que habia de servir al último instante de su vida, se encontró con Julia y su hijo que arrodillados ante una imagen de Jesus rogaban fervorosamente por la felicidad de su padre: cuya impensada vista hizo tal impresion en su ánimo, que arrojando el arma de su mano, exclamó lleno de un fugo cariñoso. "Tu desarmas, hijo mio,

el golpe de mi desesperacion." Y besándole y estrechándole entre sus brazos contemplaba cual hubiera sido la suerte de aquel angel de inocencia si hubiera perpetrado su horroroso designio. — Adelaida llegó despues y ocultando la turbacion de su agitado espíritu, le manifestó que su madre estaba asistida con todo el esmero posible, y muy en breve se restableceria de su enfermedad. "Me arrepiento, añadió, de haberte reconvenido por causa de nuestros amores. Mi infelicidad solo puede arrastrar á una victima á ser sacrificada; pero si tu faltas de la tierra, Julia que es inocente como yo, sucumbirá al pesar de haberte perdido: el hijo de tus entrañas se veria huérfano y desvalido: tu anciana madre seria asesinada por el cuchillo de su querido hijo, y la infortunada Adelaida no probara menos desventura. No: sed felices los cuatro y solo peligre yo. Dame al menos una prenda de tu amistad, una prueba de que me compadeces; y tu, Julia querida, mas digna sin duda que yo y destinada por el cielo á poseer la joya mas preciosa de mis amores, dedica una lágrima de compasion á la suerte que me aguarda: seaos grata la memoria de mi acerba desventura; y que la prosperidad mas dichosa corone los dias deliciosos de vuestra existencia." Entonces Emilio le entregó la misma sortija que habia recibido de Adolfo causa de todas sus penas, y Julia imprimiendo ardientes y repetidos besos en la frente de su generosa rival, la vieron congojosa y triste deslizar sus vacilantes pasos para no volverla á ver jamas. Loca en seguida por espacio de once meses sin el menor intervalo de cordura, pereció despedazándose á si misma pronunciando únicamente estas palabras: "por mis padres fui sacrificada: Emilio y Adelaida hasta la muerte."

GONZALEZ ELIPE.

TAN SOLO UN SUEÑO.



(CONCLUSION.)

V.

Remaban con todo el valor y ansiedad que puede dar en semejante caso la vista de una ciudad vecina, pero al considerar lo mucho que faltaria no viendo montes ni tierra ni mas que torres que salian del seno de las aguas, desfallecian algun tanto.

Sobrecogióse Julian al ver acercarse ácia ellos varios bultos negros que cuando menos creyó una trailla de monstruos marinos, advirtiéndolo á su compañero, el cual examinando algun rato le abrazó fuera de sí gritando "nos hemos salvado esas torres que veis salir de entre las ondas, es Venecia y esos bultos que llegasteis á temer son pescadores que habitan sus islotas." Cualquiera podrá figurarse la alegría de estos infelices, Julian abrazó á su complacido Carlos como hermosísima Angela; la cual no cesaba en su interior, desde que volvió en sí, de rezar á todos los santos de la corte celestial, redoblando su fervor tan dichosa noticia.

Pocas horas se tardaron en que llegasen á tan deseada ciudad. ¡Pero que distinto arriba el enamorado Julian se habia dibujado en su imaginacion! ¡Cuantos planes habia forjado su ilusion para despues de su llegada! Imagínese el lector si habria formado castillos que el viento desvaneció á nuestro náufrago poeta. Lorenzo, que así se llamaba el marinero compañero de Julian, les dijo al llegar que creia muy oportuno pasase, antes de saltar en tierra, á mendigar, y vender la lancha por él, supuesto que no hacia mucho que habiendo él estado en Venecia tuvo ciertos amorcillos con una muchacha hija de un comerciante en vinos, y que tal vez

ella recordándola sus antiguas promesas, les proporcionaria algun dinero.

Con efecto, así fué, á la media hora volvió Lorenzo muy contento por entonces de su negocio. Venia con una chaquetilla decente aunque algo raída, unos pantalones pardos ramendados y un lio bajo del brazo. Llegó con aire de hombre que todavia tiene algun prestigio y les contó en breves palabras la amorosa entrevista, diciéndoles que habia encontrado á su adorado Gessina ya casada; pero que no se habia olvidado de su antiguo amante Lorenzo, que se refirieron mutuamente este sus penas y aquella sus dichas y que concluyó diciéndole que su estado ya no le permitia tener mas devaneos, que tomase aquella ropa para sus amigos y él y algun dinerillo que tenia ahorrado, pero que fuese pocas veces por su casa pues su marido era muy celoso. Dicho esto vieron lo que contenia el lio, que consistia en un traje completo algo usado para Angela, otro del mismo género para Julian y una envoltura para el niño. Se dirigieron á un infeliz tugurio que les habian dicho estaba desalquilado, se hospedaron en él y Lorenzo salió á comprar algunas provisiones. Angela y Julian se mudaron y habiéndose sentado en unas sillas que una caritativa vecina por curiosidad les prestó, quedaron largo rato sumergidos en tristes reflexiones: por fin dijo Julian

— Angela mia! cuan pronto nubló la claridad hermosa que lucia de nuestra felicidad! cuan rápidamente llegó la desgracia y cuan tardo y perezoso será su paso para abandonarnos! Infeliz de mi yo turbé tus serenos dias!

—No injustamente desgarras mi corazón! cuando sabes que toda mi dicha se cifra en estar á tu lado; no juraste conmigo no separarte jamas; no te incité yo misma á este juramento ¡ah! demasiado sabes los sentimientos que animan mi corazón! demasiado sabes que sin ti no habria felicidad para mi; los bienes de fortuna desaparecen como una nube de arena al soplo del aquilon, mi única riqueza eres tu y aunque la muerte no respeta ni aun á esta mientras viviré contenta ¡en muriendo! moriré con ella.....

Angela besó á Carlos y abrazó tiernamente á Julian, desahogando con abundantes lágrimas su atormentado pecho. Carlos que vió llorar á su madre lloró tambien, Julian no sabia entre los dos como repartir su corazón.

En esta escena que al mas indiferente podia conmovér, entró Lorenzo el cual iba á hablar pero sorprendido por tan sentido como verídico cuadro se le oprimió el corazón y una lágrima ardiente rodó por sus mejillas hasta humedecer el suelo y las provisiones que traia se le cayeron. El ruido de estas llamaron la atencion de los esposos que mirando lánguidamente á Lorenzo, este haciendo un encogimiento de hombros como quien echa penas á la espalda, dijo con toda su buena fe.

—Qué caramba! dejémonos de llorar que no falta Dios á quien le llama, por mi parte no he dejado ya de hacerlo y á lo que entiendo la señorita Angela no ha sido mas tardia que yo y sino mirad los efectos de cuando un angel como ella ruega. Diciendo esto recogió los esparramados utensilios y se los enseñó, entre ellos sobresalía un bulto grande y le preguntaron á que conducia dicho bulto.

—Estas son unas redes porque sin estas probablemente no habrá eso, contestó señalando á la comida, Gessina es probable que no nos dé mas y vds. no creo á lo que he oido que tengan muchos conocidos que les den. Yo no pienso separarme de vds. por consiguiente con estas y la lan-

cha siempre tendremos que comer mediante Dios y aun para alguna otra cosilla si las poco acostumbradas fuerzas del señorito Julian me ayudan.

—Cuenta conmigo para todo Lorenzo, de lo contrario dejaremos de ser amigos, pero te suplico que si algun dia se sonrie la fortuna, nunca por nosotros estés indiferente á su alhago.

VI.

Diez meses pasaron manteniéndose con la pesca que sus redes y la actividad de Lorenzo les proporcionaba, este hacia mas llevadera su desgracia con la abundancia de cuentecillos y dichos graciosos que sin dejar escapar ocasion soltaba. Julian se lamentaba de la desgracia de su querida Angela y hechicero Carlos.

—De que me sirven, decia con dolor; mis versos si nadie los entiende, si para nada pueden servir en un país donde Petrarca, el Tasso, Dante, y otros muchos han hecho producir tan delicados lamentos á su lira!; Donde apenas puedo consagrar una hora al estudio de un idioma que me encanta y en el que tal vez algun dia haria sacar á mi desacorde laud algun sonido grato á la atencion de tan delicado pueblo. ¡Ay! de que te sirve Angela mia tu hechicera voz donde solo las desiertas lagunas y el desgarrado corazón de tu esposo te escuchan, sino sirve mas que para aumentar mi amor y mi martirio! y sin embargo, no hallo consuelo si en endechas lastimeras no cantas mi pasión y tus caricias! Angela olvidaba sus antiguas comodidades y era ya solamente una bellísima veneciana nacida entre las húmedas arenas del Lido, sin pensar en mas que en su hijo Carlos y en su melancólico Julian.

Un dia este pasaba por el Cuiudecca cuando un caballero le llamó desde su góndola.

—Oyes pescador, le dijo, pon estos cajones en tu lancha y voga hácia Rialto.

Julian los acomodó y pasó delante. El caballero estaba de pie frente del pabelloncito de la góndola, fijó los ojos en las descarnadas facciones de Julian, que con indiferencia remaba é iba mirando hacia la góndola de dicho señor; por fin le llamó la atención sus fijas miradas y también latiendo su corazón le miraba con interés. En un momento soltó Julian los remos y corrió exalado hacia la popa gritando, Enrique!... este hizo al mismo tiempo movimiento y exclamación. ¡Julian!...

Julian se precipitó en sus brazos sin prever el peligro, le saltaron los pies y cayó al agua, los gondoleros de Enrique que no notaron el suceso aquel y seguían remando, hirieron el cuerpo de Julian al caer con la góndola que pasó por cima. El agua volvió á su acostumbrada tranquilidad, Julian no pareció.

Angela viendo la tardanza de su esposo y que nadie la daba razón, pues apenas se le conoció, quedó mortal.

Una mañana abrazaba convulsivamente á su hijo tendida en el lecho con las ansias de la muerte.

Carlos sonreía, cantaba y besaba á su

moribunda madre, que espiró á los pocos instantes. Este fué el primer ángel que cantó la felicidad que iba á gozar en la gloria del Criador.

Lorenzo entró en este momento, horrorizado gritó y arrancando á Carlos de su madre á quien todavía besaba desapareció.

VII.

Algun tiempo después una tarde oraba un niño como de cuatro á cinco años en una iglesia, arrodillado sobre una losa dividida por la mitad, en una decía "Angela" y en la otra "Julian" á su lado un hombre del pueblo lloraba y el niño al verle lloró también. Cuando un caballero que varias veces les había sorprendido en la misma actitud entró precipitadamente y dando un beso en la frente á el niño le cogió en brazos diciendo "si perdí mi mayor amigo, su hijo será el único depositario de mi cariño!"

El caballero y el villano disputaron el último resto de Angela y Julian, por fin salieron abrazados juntos los tres.

B.

Al mi amigo don Antonio Esquivel.

EL PRADO.

ROMANCE.

Cuando el rey Carlos tercero trató de dar forma al Prado, estaba loco el buen rey, ó por lo menos lunática. Magníficas son las fuentes que levantó en aquel campo entre las frondosas ramas de los poderosos álamos: magníficas del Retiro

las verjas, que por lo bajo libertan á sus pensiles de blancas y hermosas manzanas y no menos elegantes las que en el jardín botánico resguardan en viejos troncos científicos latinajos. Mas si todo esto es hermoso, si por lo lindo y bizarro

envidia de otras ciudades
 y en España renombrado
 es de Madrid el paseo,
 también lo que de regalo
 suele servir, á las veces
 se convierte en espantajo
 de los humanales gozos,
 recompensa de pecados,
 paga de lúbricos fines
 y de caricias del diablo.
 ¿Qué es ver llenarse de hombres,
 de carrozas y caballos,
 de lacayos y cocheros
 y mendigos numerados,
 de amigos con enemigos,
 de hermanas con sus hermanos,
 de parientes y parientas,
 de cuñadas y cuñados,
 chicos, grandes; muchos, pocos;
 pobres, ricos; gordos, flacos;
 rubios, negros; lindos, feos;
 sabios, tontos; altos, bajos;
 aquel, de la vida potro,
 del infierno simulacro,
 sentina de amor al uso,
 y tumba del entusiasmo?
 ¿Qué es mirar de mil colores,
 arlequin abigarrado,
 al público de Madrid
 recorrer aquel espacio,
 disputando sobre un pie
 permiso de echar el paso?
 ¿Qué es ver á tanta doncella
 de profesion y de trato,
 animales domingueros,
 consultas de bacalao
 faldi-cortas, cari-lucias,
 mani-puercas de estropajo,
 pati-zambas y rechonchas
 ir con su apéndice al canto
 orondas, como naranjas,
 entradas, como teatros,
 camino del hospital,
 buscando tres pies al gato?
 ¿Qué es ver á tanta señora
 de rostro amarillo y flaco,
 con la boca apuntalada,
 con el pelo remendado,
 con mejillas enlucidas
 como viejo campanario
 dando al público pellejos
 de tiempos de Carlos cuarto?
 Confusa vuela la mente
 perdida entre objeto tanto;
 y en los pliegues de las blondas,
 en los reflejos del raso,
 en los fingidos matices
 de los contrahechos ramos
 y en las nubes con que el polvo
 envuelve grupos extraños,

finge fantasmas, vestiglos,
 duendes, ángeles, y diablos,
 brujas, santos, hechiceros,
 saludadores y trasgos
 que vienen, que van y vuelven,
 que gritan desesperados,
 que vuelan, brincan alegres
 y alzan lamentables cantos;
 que disputan y se rien,
 y se acarician ufanos;
 que se esconden, que se asoman
 y se borran en lo vago
 del hervidero en que andan
 columpiados al acaso.
 Allí brillan seductores
 de amor y vida inflamados,
 ojos negros centellantes,
 herencia del africano,
 pronósticos de placeres
 é instrumentos de dar chascos.
 Acullá son dos capullos
 de rosa los que en un campo
 de nácares transparentes,
 robando forma á unos labios,
 sueltan en gratos acentos
 echo para los incautos,
 dulces para los golosos,
 dulces que se pagan caros
 con el oro de la bolsa,
 con la salud y el descanso.
 Mas allá tras negro velo
 misterioso y embozado
 oculta una erisipela,
 dos berrugas y un emplasto,
 doña Lagarta Quiñones,
 condesa de lo gastado
 marquesa de trapisonda,
 y baronesa de abasto,
 viuda de cinco maridos
 que, pensando en el octavo,
 ha declarado su cuerpo
 convertido en puerto franco.
 Tras ella van dos donceles
 de los de cigarro habano,
 de los de luenga melena
 y faldon de tapa-rabo
 mimbreado las cinturas,
 cantando los Puritanos,
 saludando á quema ropa
 y recogiendo catarros.
 Suenan requiebros y quejas:
 andan ligeras las manos:
 doña Ana cita á don Roque;
 doña Tecla á don Pancracio;
 la duquesa de seis Torres
 da celos á un diputado
 porque al salir del congreso
 no quiso ofrecerla el brazo:
 un benemérito hortera
 pisa por desgracia el galgo

de Carlota: chilla el perro:
 acude un galán, de cuatro
 que van siguiendo la pista,
 Carlota dice «; Qué bárbaro!»
 y el galán echo un vesubio
 alza el furibundo brazo,
 y en vez de dar al ropero,
 se descoyunta una mano
 contra una rueda del coche
 del marques de Tiorrecampo.
 Tres ministros de la guerra
 en cuarteles de verano,
 van con sus caras mitades
 á favor del entorchado
 carcomiendo sus laureles
 y sus cruces empolvando.
 En pos de ellos seis coristas,
 tres médicos homeopáticos,
 un artífice en pelucas,
 un niño y dos literatos;
 disputan de higiene pública,
 del bemol y del becuadro,
 de los bisonés con muelles,
 de Carlos el hechizado,
 y confúndense y revuelven
 en tropel informe y vario
 sus palabras, sus acciones
 y pensamientos extraños.
 En aquel coche va Juana,
 señora del garabato,
 sobrina de un arzobispo
 y nieta de un abogado:
 hace un año que iba envuelta
 entre miserables trapos;
 y hoy gasta landó, berlina,
 tilbury, monta á caballo;
 coronáse de brillantes,
 y en magnífico palacio
 recibe á la aristocracia
 con lujoso desenfado.
 Aquel cabriolé modesto
 pertenece á un empleado
 que era sastre de portal
 hace tres ó cuatro años:
 el marido de una tía
 de la prima de un lacayo
 de la madre de la novia
 de un portero de palacio
 interpuso su favor
 y consiguió colocarlo;
 y lo colocó en tal forma,
 que ya no quiere el destino
 y contrata vestuarios
 para el valeroso ejército
 que se bate contra Carlos.
 Cruzan, se aprietan y apiñan
 hombres, mugeres y ancianos;
 sepáranse y se reúnen,
 y se equivocan, pensando

hablar con quien antes iban.
 El uno por dar la mano
 á un amigo, entre las suyas
 tiene la de su adversario;
 otro por dar un billete
 á la muger de su agrado,
 pone el papel amoroso,
 feliz contento y ufano,
 de una secular abuela
 en los dedos descarnados.
 Este al decir «Yo te adoro»
 tropiézase con el chasco
 de que le responde «Gracias»
 con voz varonil de bajo
 un hombre moseno, vizco,
 cejijunto, gordo y chato.
 Quien al ver un cuerpo aéreo,
 tiende el atrevido brazo
 y en vez de topar con cuerpo,
 halla solamente trapos.
 Suelta Adela el abanico
 porque lo recoja Eustaquio;
 y lo recoge un chiquillo
 que encima pide dos cuartos.
 Doloros que por la calla
 en brevísimos zapatos
 vino luciendo sus pies
 lujosamente descalzos,
 apenas llega á ponerlos
 en las arenas del Prado,
 siente que feroz la pisa
 con bota llena de clavos
 un monstruo de carne y hueso,
 coloso de un embuchado.
 Rasga Isabel su mantilla,
 feuto de tantos trabajos,
 con los botones de un fraque
 por desgracia cincelados;
 y en esto llega la noche
 con su denegrido manto
 de relucientes estrellas
 y luceros salpicado.
 Crece el vaiven y el ruido
 sombras y grupos fantásticos
 vagos, inciertos, perdidos,
 misteriosos murmurando
 parecen y desaparecen,
 pasan por los arbolados
 y acia las cercanas calles
 dirigen sus lentos pasos.
 Bruedan ligeros los coches,
 chascan los crugientes látigos,
 ladran perros, gritan hombres,
 trotan aitosos caballos
 y lejos en los cuarteles
 los tambores redoblando
 anuncian las oraciones
 á los dispersos soldados.
 Mudo, desierto, sombrío
 el salón se va quedando

como inmenso cementerio
 en los solitarios campos:
 murmura la fresca brisa
 entre los desnudos ramos,
 y mezcla sus tristes ecos
 al rumor que hacen los caños
 de las esculpidas fuentes
 sus raudales derramando.
 Cayó el telón; finó el drama;
 abandonados los palcos
 están; oscuras las tablas
 y vacíos los escaños.
 Allá en la ciudad inmensa
 cada cual llega á su cuarto;
 canta ó llora, come ó brinca;
 se agita desesperado,
 revive en lo venidero,

ó descansa en lecho blando
 solo yo á quien la tarántula
 picó de ser literato,
 á la luz de una bugia
 las nocturnas horas paso
 con Calderon y Quevedo,
 con Byron, Dumas y Taso
 quemándome las pestañas
 por conquistar un aplauso.
 Y aquí se acaba el romance
 (que ya es hora de acabarlo)
 sosteniendo á toda costa
 y repitiendo, que cuando
 el buen rey Carlos tercero
 trató de dar forma al Prado,
 su magestá estaba loco
 ó por lo menos lunático.

L. GONZALEZ BRABO.

INÉS.

Caminaba con lentos pasos por las oscuras calles de la ciudad de Sevilla un jóven, á quien la humedad de la noche obligaba á cubrir el rostro con la parte de su traje que se prestaba á este servicio. Sus ojos fijos en las negras nubes que en torbellino revoloteaban sobre las agujas de las elevadas torres de san Vicente, estaban en consonancia perfecta con la expresion que daba á su boca una sonrisa amarga que á ella asomaba; su semblante todo, manifestaba que la imágen representada en el paisaje que tenia delante, ó bien despertaba en él tristes recuerdos, ó bien le servía de espejo en que sin duda veia retratadas escenas que laceraban su corazon. El relój del vecino edificio que hemos mencionado sonaba la una en el momento en que entraba en la calle del Alfaqueque donde tenia su habitacion; aun estaba distante de ella, cuando el ruido de una puerta que se abrió llamó su atencion. Detúvose el jóven, mas por curiosidad que por temor, sin embargo que hubiera tenido sobrados motivos en un tiempo en que, las enemistades particulares, el odio jurado entre moros y cristianos, la soledad de un pueblo entregado al sueño y la profunda oscuridad de la noche favorecian al crimen.

El bizarro español, poniendo la mano sobre el puño de su pesada espada, se mantuvo inmovil al ver dirigirse adonde él estaba un bulto informe que en silencio se movía, y cuya altura igual á la del tamaño natural de un hombre, no guardaba proporcion con su anchura; los pasos le hicieron conocer que el objeto que se acercaba era un grupo de personas, y la dificultad con que caminaba, que llevaban algun peso que les impedia moverse con agilidad, aunque no con celeridad.

Fuese distraccion, fuese efecto de la obscuridad, el grupo pasó tan inmediato á él que pudo distinguir dos hombres que llevaban, sin mucho trabajo, un objeto blanco y sin embargo no echaron de ver su presencia. El joven iba ya á continuar su marcha, cuando un movimiento repentino del cuerpo blanco le reveló un crimen. Sin consultar la prudencia tiró de la espada y arremetió á ellos. Apenas habia descargado el primer golpe, cuando abandonando su presa se pusieron en precipitada fuga. No era aun dueño del campo; antes de conocer su riesgo sintió el peso de un hierro sobre su cabeza que á no llevarla cubierta habria sido dividida en dos. Apesar del aturdimiento que le produjo el golpe, volvió su espada contra el

agresor y despues de una lucha terrible, en que la ligereza de su antagonista, puso en riesgo mas de mil veces su vida logró desarmarle; á la caída del hierro de su adversario se siguió instantaneamente su desaparicion.

El mancebo cuidándose poco de su estado se precipitó sobre el cuerpo frio, que estaba tendido en tierra. La suavidad y delicadeza de sus manos le hicieron conocer que era el de una joven. Mas pronto que el rayo la pone sobre sus hombros; busca á tientas la puerta que ha sentido abrir pocos momentos antes; sigue el largo zaguan que le conduce á un espacioso jardin; en el extremo opuesto advierte la ventana de una habitacion alumbrada, se dirige á ella; una puerta se opone á su entrada, pero cede á la violencia de su impulso; mas cual es su sorpresa! el cuerpo casi mutilado de un hombre, está tendido enmedio de la habitacion!... su cabeza blanca, teñida por partes de manchas rojas, da á conocer una violencia reciente; horrorizado quiere retroceder, pero el viejo estendiendo ácia él sus descarnados brazos esclama... ¡laés... Inés!

El jóven deposita su carga sobre el ensangrentado pavimento; quiere socorrer al anciano, pero en breve conoce cuan inútiles son sus esfuerzos: atravesado el pecho del infeliz dejaba escapar la poca sangre que aun quedaba en su cuerpo. *“Estran-gero, quien quiera que seas; tu te has llevado á mi hija viva, vuéltela viva! mírala, mira sus facciones y verás que la hermosura de un angel envidiaría la suya... Hédte-la y vuéltela viva... yo te perdono mi muerte pero... ¡vuéltela viva!*

—“Señor, no soy lo que creéis, mi nombre conocido en toda España es el de una antigua familia, soy don Pero Enriquez y preferiria mil muertes á envilecerme, con un crimeu como el que, segun parece, ha sido cometido en vuestra casa: yo he sacado á vuestra hija de manos de sus robadores. No está muerta como

creéis”.... ¡Dios te bendiga!.... ¡Dios te pague el consuelo que viertes en mi alma!.... dime que vive y que yo viótré también para gozar de su felicidad: dímelo y en ese cielo que nos cubre encontrarás la recompensa!....

Inés, cuyas dulces facciones se iban animando gradualmente, recobró al fin el conocimiento. La primer señal que dió de volver á la vida fué un grito de espanto: mas tranquila luego, con la seguridad que le ofrecia el dulce acento de la voz de un amigo, se arrojó en los brazos de su padre... ¡mas á desesperacion!... su padre no le responde... en vano llama al sordo cadaver; el lejano eco solamente contesta, y cual si fuera la voz del ser que ha dejado de existir, le anuncia que queda abandonada sobre la tierra.

II,

“Fuerza es Inés mia confesar que las circunstancias que menos á propósito nos parecen para un fin, son las que suelen conducirnos á él mas directamente, ¡quién hubiera podido adivinar que la misma desgracia que desgarró tu corazon, privándote de un padre, habia de hacer nuestra felicidad?”.... Una tierna mirada fué la respuesta que obtuvo el joven Enriquez. La mano izquierda entre las de su amada, el brazo derecho ciñendo su estrecha cintura, y la mirada fija en los ojos de Inés, el enamorado esposo aspiraba codiciosamente el aire que habia servido para darle vida....“Pero lo que menos facil de explicar me ha parecido, entre las cosas raras que pasaron aquella noche, fué el descubrimiento del allange que se encontró en el lugar del combate... es claro que uno de los agresores era moro, pero ¿que objeto podia tener en el robo de una mujer que no conocia, sin tocar á sus alhajas?.... ¿cómo, enmedio de las treguas, hubo un bárbaro tan atrevido que no temiese en una populosa ciudad cometer tal atentado?.... La tímida Ines, sin responder, se acercaba mas y mas á su esposo é involuntariamente dirigia la vis-

ta, ora á las góticas puertas del salón, ora á sus ennegrecidos muros ¿Que temes? le preguntó Enriquez. — *Nada, si estoy á tu lado, todo si no estoy junto á ti*” — *“Pues bien; amor mio, ya ves que no me separo de ti”* — *“Sí, dijo Inés ¿que no te separas, me dices, y tienes dispuesta tu partida para mañana!”* — *“Es verdad, pero tu sabes que es por pocos dias, que solamente me detendré el tiempo que tarden S.S. A.A. en volver de su viage y ya sabes que esto no puede demorarse. Tranquilízate, las treguas, que continuas, me quitan el temor de que puedas correr el mas pequeño riesgo. En esta torre tenemos bastante gente para evitar una sorpresa: única clase de combinacion militar, que por este singular convenio sea permitida por ahora.*

Quedóse sola Inés, partióse Enriquez y hubo de dejar la guarda de aquella fortaleza y la del pueblo de Cañete de donde era Señor, á persona que positivamente habia de tener menos interés que él en su conservacion: por otra parte los moros despues de la toma de Zahara habian cobrado aficion á las sorpresas y acechaban la ocasion de apoderarse de los puntos fronterizos, ocupados por los cristianos: cuatro dias despues de la partida de Enriquez el infiel Abencomijar era señor de Cañete.

III.

Tres veces se habia estrellado ya el valor castellano contra la tenaz resistencia musulmana; tres veces habia llegado á colocar su escala el escalador en las fuertes murallas de una torre y tres veces, abandonado de los suyos habia retrocedido. Algunos caballeros, animan la gente: entre ellos se distinguen los alcaldes de Antequera y Mozou, Sancho de Avila y el impetuoso Juan de Robles. La última infructuosa tentativa habia sembrado el desaliento en los ánimos, Robles en su impaciente despecho echa en cara á don Martiá de Córdoba el desacierto de su padre, autor de tantos males por la con-

cesion de la tregua, que tan caro pagaban: “Zahara, y Cañete, le decia, se han perdido y poco ha faltado para que tuviesen la misma suerte el Castellar y Olivera.” Este incidente pudo producir fatales consecuencias, pues al mismo tiempo que los gefes cristianos sacaban las espadas para teñirlas en la sangre de sus compañeros, los moros se aprovechaban del desorden para hacer una salida; pero no todos miraban con igual indiferencia el éxito de la expedicion. Un joven de gentil presencia hiende la turba desordenada y con un grito rónico se precipita solo en la pelea; algunos le siguen; á estos se suceden otros y los moros sorprendidos quieren refugiarse en la fortaleza; pero el impetuoso Enriquez siembra la muerte por do quier que pasa y sin darles tiempo para cerrar la puerta entra con ellos en la torre.

Ya los moros no se retiran, conocen su situacion y mueren sobre el terreno en que combaten. Enriquez llega á la última pieza de la torre: ha vencido y solo espera apoderarse del tesoro que busca; la puerta cede á su impetu... pero ¿que espectáculo se presenta á su vista!... Abencomijar con un puñal en la mano amenaza el pecho de la desventurada Inés... — *Detente, gritó con desesperacion, Enriquez no pases adelante ó tu verás morir.* — *Pide en cambio lo que quieras y te será otorgado.* — *No, no, ni vosotros sabéis cumplir lo que ofrecéis, ni tu podrías llenar las condiciones con que yo le dejaria la vida á esta muger.* — *Exige y yo cumpliré.* — *¿Prometes pagarme tres mil zequies, por su rescate?* — *Prometo.* — *¿Prometes volverme los ganados que tus gentes se han llevado en su retirada?* — *Prometo.* — *¿Prometes alejarte de estos muros dejándome en pacífica posesion de ellos? Un quejido prolongado saltó del pecho del desgraciado Enriquez y el bárbaro Abencomijar le recordó el riesgo de su amada con un rápido movimiento que le hizo decir convulsivamente.* — *Prometo.* — *¿Juras, por tu Dios,*

EL PANORAMA.



.....¡¡¡ Jura!!!... — ¡Juro!...

(INES.)



no volver á desencañar la espada contra los míos? — ¡Oh! — ¡¡¡Jura!!!. — ...Juro!!

Dos horas despues caminaban en silen-

cio un hombre y una muger con direccion á Sevilla.

F. F. de C.

(Se concluirá.)

Historia natural.

Varietades en las especies humanas.

La primera y mas notable variedad que se nota en la especie humana es la del color, la segunda la de la forma y estatura, y la tercera la de la índole y natural de los diferentes pueblos. Podríamos escribir un estenso tratado sobre cada uno de estos objetos, pero nos limitaremos como lo hemos hecho en los anteriores números del Panorama á dar una ligera y sucinta idea de lo mas cierto y averiguado en esta materia.

Lapones.

Al recorrer con este objeto la superficie de la tierra, empezaremos por el norte.

Allí se encuentra la Laponia, y sobre las costas septentrionales de la Tartaria una raza de hombres de una estatura tan pequeña, de una figura tan estraña, como salvajes son sus costumbres. Estos hombres que parecen haber degenerado de la especie humana, ocupan dilatadísimas regiones. Lapones, Daneses, Suecos, Moscovitas é independientes, los Zamilíenos, Borandíenos, Samoyedos, Tártaros septentrionales, Groenladeses y los salvajes al norte de los Esquimales, parecen ser de la misma raza, que se ha extendido y multiplicado en la longitud de las costas de los mares septentrionales, en los desiertos, y bajo un clima inhabitable para las demas naciones. Todos estos pueblos tienen la cara ancha, aplastada, nariz roma y chata, ojos amarillentos, color moreno con inclinacion á negro, párpados retirados ácia las sienes, megillas salientes, la boca muy grande, y con labios gruesos y muy arremangados, barba estrecha, cabeza gorda y cabellos negros y crespos. Son muy pe-

queños y rechonchos aunque delgados. La mayor parte apenas tienen cuatro pies de altura, y los mas aventajados no llegan nunca á mas de cuatro y medio. Esta raza es como se ve muy diferente de las demas. En todos estos pueblos las mugeres son tan feas como los hombres, y en extremo parecidas á ellos. Las de Groenladia son estremadamente pequeñas, tienen el cuerpo bien proporcionado, sus pechos snamente flexibles son de tan desproporcionada magnitud que dan de mamar á sus hijos por la espalda echando el pecho sobre sus hombros; el pezón de su pecho es negro como el carbon. Algunos viajeros dicen que las groenladesas solo estan cubiertas de pelo en la cabeza, y que no están sujetas á la evacuacion periódica comun á su sexo.

No solo se semejan estos pueblos por su deformidad, sino tambien por sus inclinaciones y costumbres. Son todos igualmente groseros, supersticiosos y estúpidos.

Los Lapones Daneses tienen un gran gatto negro al que confían todos sus secretos, al que consultan en todos sus negocios reducidos á si han de ir á cazar ó pescar. En los Lapones Suecos hay la supersticion de consultar al diablo, y aunque sean robustos y muy corredores son tan tímidos que jamas se les ha podido hacer ir á la guerra. Parece que no pueden vivir sino á su modo y en su pais. Para correr sobre la nieve y el hielo se valen de patines de madera de cerca de dos varas de largo y un pie y medio de ancho, corriendo con ellos con tal velocidad que alcanzan en la carrera á los animales mas ágiles y lige-

ros. En la mano llevan un gran garrote guarnecido con puntas de hierro por un lado y redondo por el otro, del que se sirven para ponerse en movimiento, dirigir su rumbo, sostenerse, detenerse, y tambien herir á los animales que persiguen. Con estos patines descienden á los precipicios mas profundos, y suben á las montañas mas escarpadas. Pretenden algunos viajeros que los Lapones Moscovitas lanzan un dardo con tanta fuerza y tino que á treinta pasos lo clavan en el blanco de un diámetro tan reducido como un peso duro, siendo capaces de atravesar á esta distancia á un hombre de parte á parte. El alimento de todos estos pueblos es pescados, carne de oso, y su pan es de harina de las espigas molidas de los pescados mezclada con la corteza tierna de los árboles. Su bebida consiste en aceite de ballena, y agua en la que echan en infusion unos granos de enebro. No tienen la menor idea de religion, ni del ser Supremo; la mayor parte son idólatras y todos supersticiosos. Mas groseros que los salvajes no tienen valor ni respeto á ellos mismos. Carecen de toda moralidad. Se bañan desnudos y juntos hombres y mugeres, madres ó hijos, hermanas y hermanos y al salir de estos baños en estremo calientes van á arrojarlos á una orilla muy fria. Ofrecen á los estrangeros sus mugeres y sus hijas teniendo á gran honor el que estos las acepten.

Esta costumbre es comun á los Samoyedos, Borandienos y Groelandeses. Costumbre que proviene sin duda de que conocen su propia deformidad, y la fealdad de sus mugeres, y probablemente reputan por menos feas las que no han desdeñado los estrangeros. Todos viven debajo de tierra ó en cabañas casi sepultadas, y cubiertas de cortezas de árboles, y huesos de pescados. La noche que allí dura muchos meses les obliga conservar luz en sus habitaciones por medio de una especie de lámparas que alumbran con el mismo aceite de ballena que les sirve de bebida. En el

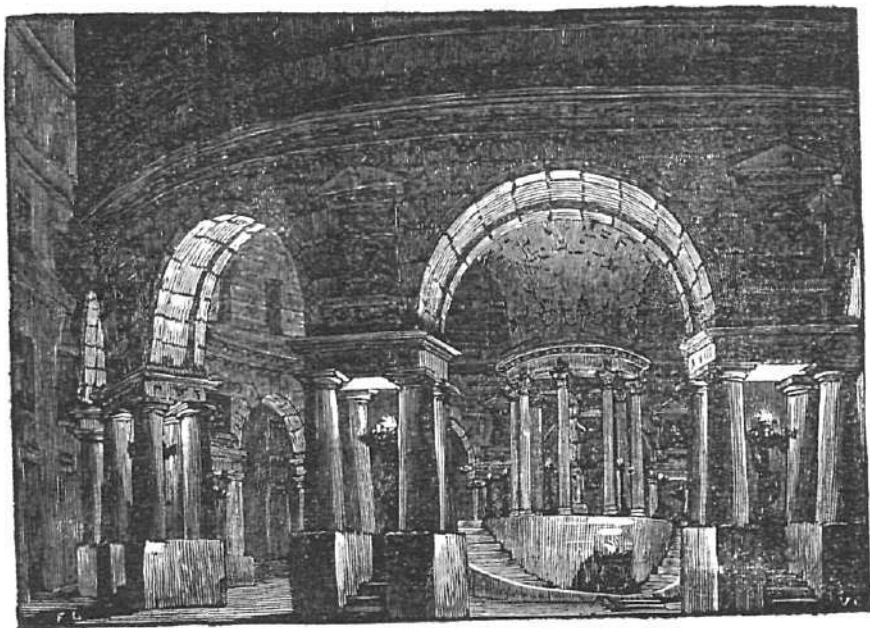
estío no estan con mas comodidad que en el invierno, pues tienen que vivir rodeados continuamente de una densa humareda, único medio que han inventado para libertarse de las molestas picaduras de una inmensidad de mosquitos é insectos mas abundantes en este clima glacial, que en los paisescálidos. A pesar de un modo de vivir tan triste, y tan miserable casi nunca están enfermos, y llegan á una vejez muy dilatada presentándose entre ellos casos muy repetidos de estrordinaria longevidad.

Tártaros.

La nacion Tártara tomada en general, ocupa paisés inmensos de Asia, y se dilata por toda la estension del terreno que hay desde Rusia hasta Kamtschalka. Los Tártaros tienen la parte superior del rostro muy ancha y arrugada aunque sean jóvenes. Nariz corta y gruesa, ojos pequeños y hundidos, barba larga y avanzada, dientes largos y separados, cejas espesas que les cubren casi los ojos, la cara aplastada y el color de aceituna. Son de mediana estatura, pero de una constitucion sumamente robusta y vigorosa. La barba poco poblada, los muslos gruesos, y las piernas cortas. Los mas feos de todos los Tártaros son los Chauncos cuyo aspecto es verdaderamente horrible. Hacen una vida errante y vagabunda, viven en tiendas portátiles, y se alimentan de carne cruda de caballo, camello, oso &c, sin mas preparacion que colocarla debajo de la silla de sus caballos, y manirla con el frote que origina el galope de estos. Su bebida ordinariamente es leche de yegua fermentada con harina de mijo. Su principal riqueza consiste en caballos. Continuamente se ocupan de ellos, los enseñan con tal destreza, y los ejercitan de tal modo que no parece sino que un mismo espíritu dirige al caballo y al ginete, pues los caballos no solo obedecen al menor movimiento de la brida, sino que por decirlo así penetran hasta la intencion y el pensamiento del que los monta.

M.

EL PANORAMA.



Lucini.

Castelló.

El Templo de Vesta.



DECORACION DEL TEMPLO DE VESTA.

Una de las láminas que ofrecemos á nuestros lectores en el presente número, representa la magnífica decoracion del templo de Vesta, pintada por don Francisco Lucini, pintor de estos teatros, para la funcion de su beneficio que se verificó á fines de la temporada que acaba de concluir.

Conocido es el efecto sorprendente que causó tan bella produccion á los espectadores que, no contentos con la general y respetada salva de aplausos que resonó de todos los ámbitos del teatro, pidieron se presentase el autor para prodigárselos de nuevo. No es posible que un dibujo de tan pequeñas dimensiones como el que damos en nuestro periódico y en el que, cual es facil conocer, tienen que desaparecer una infinidad de circunstancias y accidentes, dé una idea completa de lo que es el original y presente todas las bellezas que contiene. Sin embargo hasta para dar á conocer los difíciles problemas de perspectiva que con tanta maestria y felicidad ha sabido resolver el señor Lucini; y mucho mas si se añade una sucinta enumeracion de sus particularidades.

Una de las mayores dificultades que han debido ofrecerse al señor Lucini y que sin embargo ha vencido con notable resultado, ha sido la de reunir en tres lienzos separados, dos líneas circulares concéntricas, una interior y otra exterior, con tanto mas riesgo, cuanto que siendo mucho mayor el local desde donde habia

de verse el objeto, que el objeto mismo, era muy factible que pudiese presentar deformidad en alguno de los diferentes puntos de vista necesarios para los distintos espectadores. Vencida esta dificultad, restaba dar al edificio (cuya figura circular está consignada historicamente como indispensable) cierta novedad que le distinguiese de otros semejantes, sin perjuicio de la solidez y propiedad, que las reglas de arquitectura escijen. Ausiliando el señor Lucini sus conocimientos en perspectiva con un colorido y natural bien graduado, ha logrado producir una completa ilusion, indicando con inteligencia los términos en que los objetos se suponen colocados é interponiendo con verdad el aire que los rodea y los desvanece, en proporcion de su lontananza, consiguiendo el acuerdo y armonia, que son tan difíciles de lograr y que tanto garantizan el buen efecto. La eleccion del órden dórico ha sido igualmente acertada, tanto por su antigüedad, cuanto por ser el mas propio de un templo. Los accesorios están perfectamente imaginados y tienen la relacion debida con el edificio.

En resolucion la decoracion del señor Lucini merece los aplausos que ha recibido y es una prueba del talento poco comun de su autor. Es de sentir que las circunstancias actuales de nuestros teatros no le permitan multiplicar tales muestras de su ingenio y priven al público de poder admirarlas mas frecuentemente.

V.

Misioneros, idolos, religion, y dinero.

El interés y la religion, aunque opuestos entre sí, y muchas veces en guerra abierta, se hallan frecuentemente en la mas pacífica alianza, dándose lo mano mutuamente para su mayor prosperidad. Se-

guramente que esta debe ser una anomalía en la naturaleza humana, pues la religion de Dios es perfectamente pura. Hace pocos meses que salió del puerto de Londres un barco para la India; entre los pasajeros

ibañ varios misioneros para sacar á los indios de la idolatría, y parte del cargamento era nada menos de quinientos ídolos para las pagodas y particulares. Los misioneros eran misinitros muy celosos, y resueltos á estirpar la idolatría de aquellos vasallos del imperio inglés; y los ídolos, lindamente fabricados por los artistas de Londres, iban á tomar posesion de sus altares en el Indostan: el barco, sin embargo, conducia á unos y otros en la mayor paz y con la mayor prosperidad. Los artistas habian recibido una buena cantidad de dinero por el material y hechura de los dioses, y la nacion contribuye para el mantenimiento de estos apóstoles que van á la India para destruir con su doctrina estas mismas imágenes. Es cosa ciertamente singular, ver tanta armonía en los medios para fines tan opuestos; para administrar á los indios una copa de veneno con una mano, y el antidoto con la otra.

La compañía de la India gasta cada año 500000 pesos para la promulgacion del evangelio en sus territorios, y al mismo tiempo paga á los sacerdotes Bramas para mantener el culto idólatra en las pagodas. En el templo de Vishnoo, en Gya,

pone la compañía oficiales para recoger la limosna que contribuyen los indios peregrinos que van al jubileo celebrado cada año en aquel templo del Proto Dios de la India; el estipendio que paga cada devoto es cuatro reales por la entrada en el cuerpo de la pagoda; un peso por entrar en la primera capilla; tres por pasear al rededor del tabernáculo, y siete por ver todos los objetos en el santuario; de modo que cada indio recibe remision de pecados, indulgencia y gracia, á proporcion del dinero que puede ofrecer. La cantidad que la compañía sacó del jubileo, en solo el templo de Vishnoo, en 1815, segun dice Mr. Ward en su historia de los Indios, ascendió á 229,805 rupias, equivalentes á 116895 pesos fuertes.

La compañía mantiene misioneros y distribuye biblias en el distrito de Cutac, y al mismo tiempo ofrece de sus almacenes ricos paños para cubrir los ídolos en la famosa procesion de Jaganata. Los religiosos ingleses son ciertamente liberales é imparciales en la India; ellos predicán el evangelio y promueven la idolatría, dejando el triunfo al mas poderoso.

ALBUM.

Liceo artistico y literario. La sesion de competencia verificada el último jueves ha correspondido á la del anterior por la concurrencia brillante y el mérito de las producciones que se leyeron por varios individuos de la seccion de literatura. Merecen citarse especialmente las composiciones de los señores Espronceda y Zorrilla bellisimas y perfectamente leídas por sus autores que recibieron vivos y prolongados aplausos. Las secciones de pintura y musica desempeñaron sus respectivos encargos con el celo que acostumbra.

—Hemos visto muy bien impresa una comedia en dos cuadros de don Francisco Gonzalez Elípe, y que se halla de venta en la librería de Cuesta. Tiene por título— *Curan deslices de amor mas prudencia que rigor.* Es un juguete escrito en buen estilo en verso, en el que abundan las gracias; y que recomendamos á nuestros lectores, teniendo ademas la ventaja

de poder servir para las representaciones de los aficionados por la sencillez de sus decoraciones y reducido número de personas que entran en él.

—Estos últimos dias se han leído y aprobado varias traducciones por la junta de lectura de los teatros de esta corte. Una de ellas, segun tenemos entendido es *Le Camarade de lit*, comedia en dos actos escrita en francés y traducida con el título de *Los dos Granaderos.* Esta pieza hace algun tiempo que se representó por primera vez en Paris, adonde no fué mal recibida, mas por las simpatias que encuentra en aquel público cualquier asunto que tenga referencia con la época del imperio de Napoleon, que por su mérito artistico. Sin embargo, si el trauctor al ponerla en castellano le ha suprimido ó acortado algunas escenas que nos han parecido algo lánguidas, creemos cuantdo menos, que pasará.

